

CAPITULO 8

¿En qué trabajan las mujeres que “no trabajan”?

ANA MARÍA PÉREZ RUBIO - TERESA DOMÍNGUEZ*

Tradicionalmente, las mujeres han estado vinculadas con las actividades laborales destinadas a la atención y cuidado de los demás, actividades que tienen como escenario principal el hogar, reconociéndolas como poseedoras de un conjunto de cualidades que resultan más apropiadas, para la realización de tales tareas. Entre tanto, los hombres se han reservado para sí aquellas ligadas con la producción de bienes, y que se ubican en el espacio exterior. Tal separación de funciones es el resultado de una construcción social ya que, en realidad, ambas esferas, la de la producción y la de la reproducción, forman parte indisoluble de la reproducción social en sí misma de toda sociedad. Sin embargo, estas dos funciones son valoradas de modos diferentes, en detrimento de las actividades de la reproducción.

La desvalorización de las actividades domésticas, está basada en la idea de que todo trabajo tiene un valor de cambio; por lo tanto, aquél que se realiza en el espacio privado queda excluido de la esfera productiva; dado que no funciona como una mercancía es devaluado socialmente, o se transforma en invisible (entre estas actividades se incluyen las de auto-producción, las de subsistencia, la ayuda familiar, el trabajo voluntario y, especialmente, el trabajo doméstico). Este es el caso de las amas de casa, que “no trabajan, sino que hacen sus labores”¹. Al trabajo familiar doméstico, por tener un contexto social y emocional diferente al del trabajo remunerado y satisfacer necesidades personales y sociales que no permiten una simple sustitución con la producción de mercado, se le niega la categoría de trabajo. En tanto no puede ser convertible en dinero, el trabajo doméstico – que se corresponde con el espacio de lo privado -, carece del prestigio de aquellas otras ocupaciones que son remuneradas y que conciernen al espacio público. A partir de un largo e ininterrumpido proceso, que duró unas siete décadas, el trabajo-empleo (asalariado) terminó por convertirse en el elemento articulador y legitimador del orden social; delimitando la identidad de los individuos, incluida la sexual. Curiosamente, los procesos de reproducción, de los cuales depende la vida humana se han convertido en residuales, mientras que la economía se ha constituido - bajo la supuesta lógica de la producción capitalista - en prioridad casi absoluta.

Pero, limitar el concepto de trabajo a aquellas actividades que proporcionan una remuneración y que se sitúan dentro de la lógica del intercambio mercantil implica confundir trabajo con empleo y, de este modo, ignorar gran parte de la actividad productiva que se realiza diariamente fuera del mercado laboral y la importante contribución económica que ésta representa. De igual modo, cuando se excluye de las cuentas nacionales el valor de la producción que no pasa por el mercado, al mismo tiempo se está excluyendo a la población que realiza esa producción, la que tampoco es contada como fuerza de trabajo ni aparece en las estadísticas laborales, ya que - por definición - esta consideración exige una relación de intercambio de tiempo por una remuneración; es decir, que se subestima conjuntamente el valor de los bienes que se producen, el volumen de horas y la contribución que realizan amplios sectores de la población.

No obstante, recientemente, la literatura especializada en cuestiones de género ha comenzado a replantear esta noción de trabajo en relación con las mujeres, siendo objeto de debate a mediados de los '70 con el respaldo de un grupo de economistas feministas inglesas. Pero, ha sido sobre todo en las últimas dos décadas

* En la realización de este artículo se utilizaron datos del trabajo de tesis de Licenciatura en Relaciones Laborales de la Lic. Teresa Domínguez.

¹ Arendt, H. 1998. En *La condición humana*, con la expresión *vida activa*, pretende designar tres actividades fundamentales: labor, trabajo y acción. La labor es la actividad correspondiente al proceso biológico del cuerpo humano, que garantiza no solo la supervivencia individual, sino también la de la especie, es decir, lo que llamamos el trabajo de reproducción, cuyos productos se agotaban en este proceso. Por el contrario, el trabajo es la actividad que corresponde a lo no natural de la exigencia del hombre, y que proporciona un artificial mundo de cosas, y que concede una medida de permanencia y durabilidad a la futilidad de la vida mortal y al efímero carácter del tiempo humano, productos que además poseen valor de cambio y uso. Las tareas correspondientes a la labor estaban destinadas a los esclavos y a las mujeres y tenían por función liberar a la necesidad al ciudadano de la polis, ser libre por excelencia. Barcelona. Paidós.

cuando la estimación de la producción doméstica y de la aportación de las mujeres se ha convertido en una cuestión política y teórica prioritaria apoyada por importantes avances conceptuales, teóricos y metodológicos que han permitido mostrar cada vez con más claridad la visible contribución económica de las mujeres. (Carrasco, 1991)²

Actualmente se pone en cuestión la naturaleza de la definición de “actividad económica”, incluyendo en ella - de acuerdo al estudio de Catalina Wainerman y Ruth Sautu (1999)³ - la amplitud del período de referencia requerido de una persona para calificar como activa, ya que la distinción entre ésta y la actividad no económica (mayormente doméstica) no se basa en criterios claros: no es la presencia o la ausencia de remuneración lo que define la diferencia - la actividad de los familiares sin pago es considerada económica -; ni la naturaleza de la actividad o el contexto en que se desarrolla - el trabajo doméstico es considerado económico si es remunerado, pero no económico si no es remunerado y realizado para el consumo del hogar de quien lo realizó -. Por eso, ampliando el concepto más allá de la definición de “Población Económicamente Activa” referida a las personas que en el período de referencia estuvieron ocupadas o desocupadas hay autores que proponen que se reconozca también como trabajo a las tareas domésticas no remuneradas, a los trabajos de reproducción, al trabajo informal y al autoconsumo. De hecho, dar carta de identidad al trabajo doméstico ha sido uno de los ejes fundamentales del movimiento feminista, prácticamente desde sus orígenes.

Para las mujeres, la no consideración de la producción fuera del mercado tiene una importancia económica y política particular, no sólo porque son ellas quienes dedican una mayor proporción de su tiempo productivo a estas actividades no remuneradas sino porque la sobre-representación de las mismas, especialmente en el trabajo doméstico, es un factor clave de su subordinación: las relaciones sociales que se construyen en la esfera privada implican la apropiación de la capacidad de trabajo doméstico y por lo tanto la indefensión, la dependencia y la inseguridad económica para quienes lo realizan. La valoración de las actividades a partir de su sola dimensión monetaria contribuye a enmascarar la naturaleza y el funcionamiento de las relaciones de sexo y clase propias de la esfera de la reproducción doméstica que es la familia. (Vandelac, 1994)⁴.

Por lo demás, se pretende plantear la idea de dos esferas de funcionamiento y de relación como si fueran autónomas, cuando en realidad el grado de interdependencia es absoluto, no sólo porque el nivel de disponibilidad sobre todo masculina para el mercado laboral descansa en gran parte en la producción doméstica (sobre todo femenina), sino porque la propia delimitación del tiempo de trabajo asalariado se estructura sobre la base de una diferenciación espacial y temporal previa entre tiempo de trabajo para el mercado y tiempo de trabajo para el no mercado. Pero, de hecho, sólo es posible hablar de tiempo productivo y no productivo de la vida, en la medida en que una parte del tiempo diario se convierte en una prestación delimitable, medible e intercambiable, una actividad cuyo producto está destinado a y es apropiado por otras personas a cambio de una compensación monetaria.

El trabajo oculto

El hecho es que no todo trabajo se realiza dentro del marco de relaciones del modo de producción dominante. Desde esta óptica es necesario distinguir que, junto con el trabajo asalariado coexisten un conjunto de actividades productivas que si bien no derivan una compensación monetaria, requieren de una inversión de tiempo y energía, y también producen bienes y servicios para otras personas. A pesar de que el empleo continúe siendo uno de los pilares fundamentales de la organización del sistema productivo y de la legitimidad en la sociedad en general, no debe olvidarse que el trabajo familiar doméstico destinado a cuidar, organizar, gestionar y producir desde el hogar, ha sido siempre la parte central de la supervivencia humana, independientemente de cuál haya sido el modo dominante. En efecto, el trabajo invisible y gratuito de las mujeres ha servido de fundamento para el ciclo de producción y consumo mercantil.

Una amplia variedad de estudios en diversos países se han ocupado de cuantificar y valorar en términos monetarios la dimensión del trabajo no remunerado. De ellos se desprende que el valor de la economía invisible, representa una tercera parte y la mitad del valor del P.B.I., la mayor parte del cual es producido por

² Carrasco, C, Alabart, A. Y Mayordomo, M. 2000. Modelos conceptos, indicadores: hacia una metodología más adecuada para el estudio del trabajo de hombres y mujeres. Ponencia presentada en la III conferencia Latinoamericana de Sociología del Trabajo.

³ Catalina Wainerman y Ruth Sautu. 1999. *La trastienda de la investigación*. Buenos Aires. Editorial Belgrano.

⁴ Vandelac, 1994). La economía doméstica a la salsa mercantil...o las valoraciones monetarias del trabajo doméstico. En Borderías et al. *Las mujeres y el trabajo*. citado por Antrón, op. cit..

mujeres en la esfera privada⁵. Un informe del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo Humano (PNUD)⁶ ha contribuido a dar a conocer el alcance de la producción no monetarizada y de la aportación de las mujeres en la economía mundial; según el mismo:

1. La mitad del tiempo total de trabajo de mujeres y hombres en el mundo, se dedica a actividades económicas en el mercado y la otra mitad a actividades no remuneradas en el hogar o en la comunidad.
2. Las mujeres trabajan mayor cantidad de horas que los hombres.
3. Las mujeres realizan más de la mitad de la carga global del trabajo, sólo un tercio de ese tiempo corresponde a actividades comerciales remuneradas.

En consecuencia, mientras la mayor parte del trabajo masculino percibe ingresos y el reconocimiento por su contribución económica, la mayor parte del trabajo femenino sigue estando no remunerado y no valorado, por lo tanto, continúa siendo invisible. Por su parte, el análisis que realizó Goldschmidt-Clermont y Pagnossin-Aligisakis (1995)⁷ por solicitud de la OIT, de los estudios efectuados en cuarenta países del tercer mundo sobre la contribución que hacen las actividades domésticas a la satisfacción de tales necesidades, ha aportado evidencias irrefutables sobre la importancia de este tipo de trabajo. La conclusión ha sido que si se le otorgara valor económico a las actividades no remuneradas como cuidar niños, cocinar, lavar, limpiar y los trabajos a los cuales definimos como "invisibles", las estimaciones del ingreso nacional aumentarían entre 25% y 50%.

La unidad doméstica y las estrategias de supervivencia

La producción de bienes y servicios para el autoconsumo en la unidad doméstica es una actividad económica básica, inclusive en las sociedades altamente mercantiles y en las que hay una separación institucional y espacial entre el "trabajo", la residencia y la reproducción. De hecho, la participación de los miembros de la sociedad en los procesos sociales de producción, está basada en la existencia de una cuota nada despreciable de "trabajo invisible" o no contabilizado socialmente, que se desarrolla en el ámbito privado de la unidad doméstica. De hecho, las actividades domésticas son siempre parte del proceso más amplio de producción, reproducción y consumo, y como tales varían según las diferentes clases sociales; por lo tanto, las mismas no pueden ser analizadas fuera del contexto de las relaciones socioeconómicas en las cuales se hallan insertas en cada sociedad.

Una de las aproximaciones estadísticas a partir de las cuales se puede describir a los hogares, es la referida a las características económicas, teniendo en cuenta los indicadores apropiados en relación a los ingresos familiares y la cantidad de miembros que lo componen. La organización de los gastos, las compras, la alimentación, la posibilidad de mantener en funcionamiento el equipamiento doméstico, con que se cuenta, y la planificación en la asignación de las tareas, varían según la estabilidad y previsibilidad del acceso a recursos, en contraste con la incertidumbre y la situación de "crisis permanente". La organización doméstica proviene de la estructura de tales recursos, de las características de la vivienda y del equipamiento técnico que facilita la labor. De igual modo, los recursos monetarios permiten acceder, diferencialmente, a ciertos bienes y formas de satisfacer las necesidades cotidianas. En consecuencia, el tipo de actividades domésticas que se realizan en el ámbito de la organización familiar - al igual que la cantidad y uso del tiempo libre - guarda relación directa con el nivel de vida al que adscribe dicho grupo y se halla condicionado fundamentalmente por el ingreso del jefe de familia. (McConell, 1997)⁸. Pero, debido al acceso desigual a los bienes de consumo, los distintos grupos desarrollan estrategias diferentes para permanecer incluidos en el sistema económico⁹.

Para Pierre Bourdieu (1998)¹⁰, en cambio, lo que la estadística registra bajo la forma de sistemas de necesidades no es otra cosa que la coherencia entre las elecciones de un *habitus*. En este sentido, no existiría

⁵ Rodríguez, A: Hacia un reparto igualitario del trabajo. En Antón, A. (coordinador). 2000. *Trabajo, derechos sociales y globalización*. Madrid: Talasa ediciones. Pp. 87-123

⁶ PNUD. 1995. Informe sobre desarrollo humano, 1995. México: PNUD

⁷ Goldschmidt-Clermont L. y E. Pagnossin-Aligisakis (1995): Measures of Unrecorded Economic Activities in Fourteen countries. UNDP Human Development Report, Oxford: University Press. Cit. por Antón, op. cit.

⁸ Mc Connel, Campbell, Brue, Stanley, 1997: *Economía laboral*. España: Mc Graw Hill

⁹ Se pueden definir a las estrategias de supervivencia, como el conjunto de mecanismos desarrollados por los individuos para atender sus necesidades más apremiantes; y en esto, el espacio social y la posición que se ocupa, son determinantes.

¹⁰ Bourdieu, P. 1998. *La distinción*. Madrid: Taurus

una relación causal directa entre los ingresos y el nivel de consumo, sino que el gusto y el sistema de necesidades sería el resultado de la asociación entre dicho sistema y el *habitus* que lo han producido¹¹. Las estrategias que se ponen en juego a la hora de la supervivencia, con el objetivo de atender las diversas necesidades de los hogares responde a estas diferencias en el *habitus* que se vincula con cada uno de los distintos sectores sociales.

Entre tales estrategias, históricamente ha figurado la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo – respondiendo a los distintos ciclos económicos - cuando la coyuntura lo exigía para colaborar con el sostenimiento de su grupo familiar. Y en los últimos años, en la creciente participación laboral femenina ha jugado un importante papel – además de las modificaciones en el orden simbólico – la crisis estructural del empleo que se produce conjuntamente con la aplicación de las políticas neo-liberales. Pero también son numerosas las que – sin definirse a sí mismas como trabajadoras activas - llevan a cabo distintas tareas, muchas veces económicamente rentables, con el objetivo de contribuir a la satisfacción de las necesidades de sus respectivos hogares. Actividades que dan cuenta de la complejidad del trabajo doméstico.

El trabajo invisible de las amas de casa

En este punto nos proponemos presentar una descripción de las distintas actividades ejecutadas por un conjunto de mujeres que ante el requerimiento del entrevistador se declararon “no activas”, a pesar de desarrollar un abanico de funciones - mayoritariamente en el ámbito de la vivienda familiar - que incluían, además del trabajo doméstico, la auto-producción, la ayuda familiar, el trabajo voluntario. Para construir la información que sirvió de base a este estudio se realizaron ciento veinte entrevistas, a mujeres pertenecientes a diferentes estratos socio-económicos, seleccionadas en función de la zona de residencia de las mismas¹². En dichas entrevistas se indagaba fundamentalmente acerca de algunos datos relacionados con su historia laboral, proyectos en tal sentido, actividades que desarrollan habitualmente, finalizando con el relato de un día de vida.

De la totalidad de las entrevistas realizadas se encontró que en el 23% de las unidades domésticas visitadas, las mujeres se dedicaban con exclusividad a las tareas domésticas, ligadas al mantenimiento cotidiano de los miembros de la familia; el 63%, sumaban, a la realización de las tareas domésticas, otras actividades de producción para generar algún tipo de ingreso, las que no fueron definidas, por las entrevistadas, como trabajo productivo¹³ y finalmente un 14% de mujeres, que se hallaban incorporadas al sector productivo. Se presenta, en este caso, la información referida al grupo que sumaba a las tareas estrictamente domésticas algún otro tipo de actividad¹⁴

¹¹ De igual modo, la incapacidad para gastar más o menos, o simplemente gastar de otra manera, es decir, para acceder al sistema de necesidades implicado en un nivel diferente de recursos a los propios es la prueba de la imposibilidad de reducir la propensión a consumir a las capacidades de apropiación o de reducir el *habitus* a las condiciones económicas puntualmente definidas por un nivel determinado de ingresos. En verdad, la eficacia propia del *habitus* se advierte cuando ingresos iguales se encuentran asociados con consumos diferentes, que sólo pueden entenderse si se supone la intervención de principios de selección diferentes (cfr. P. Bourdieu, 1998: *La distinción*. op. cit.)

¹² Se obtuvieron tres grupos: a) uno de nivel socio-económico bajo, correspondiente a un barrio ubicado en una zona cercana a la costa del río, con viviendas precarias, sus habitantes viven de la pesca (la mayoría son malloneros) con un ingreso familiar muy bajo condicionado a lo que que pueden pescar en el día; b) un grupo de nivel medio, ubicado en un barrio alejado del caso céntrico de la ciudad, de viviendas construidas por el FONAVI, y con un ingreso fijo; c) un último grupo, con un nivel social más alto, que se ubica en una zona residencial de la ciudad, con viviendas de alta calidad y niveles de ingreso familiar acordes.

¹³ Se trata de trabajo invisible, no sólo porque no es contabilizado socialmente, sino porque al desarrollarse en el ámbito privado de la unidad doméstica tampoco fue reconocido por las entrevistadas como trabajo productivo

¹⁴ Las actividades realizadas por las entrevistadas se clasificaron en las siguientes categorías:

- **Autoconsumo:** actividades desarrolladas para la atención de la casa o la familia: tejido, costura, manualidades, pintura.
- **Ayuda familiar.** colaboración en los emprendimientos de la familia (atención de pequeños comercios).
- **Actividades de venta:** directa – a través de cartillas, o bien, de productos elaborados por las entrevistadas: comidas, o manualidades: cotillón, pinturas, bordados
- **Servicios:** prestados a otras personas: peluquería a domicilio, planchado de ropa, realización de compras por encargo de otros.
- **Voluntariado:** actividades que involucran ayuda comunitaria sin fines de lucro en diferentes asociaciones o fundaciones.

Las actividades domésticas son siempre parte de un proceso más amplio de producción, reproducción y consumo y como tales varían según las diferentes clases sociales, en este sentido no pueden ser analizadas fuera del contexto de las relaciones socio-económicas en las cuales están enraizadas en cada sociedad. La diferente pertenencia social de las entrevistadas se pone en evidencia no sólo en el tipo de actividades que realizan y el modo cómo las llevan a cabo, sino también en el curso que sus itinerarios vitales han seguido, condicionando tanto su situación actual como sus expectativas de futuro.

Los sectores socio-económicos más desfavorecidos

Este estrato está formado por mujeres con familias numerosas, que se han incorporado tempranamente al mercado laboral, principalmente como empleadas domésticas, en muchos casos al igual que sus madres y con niveles educativos bajos. En general, provienen de un grupo familiar también numeroso y de escasos recursos económicos y culturales, que se ha desenvuelto en un marco de condiciones precarias, lo que incidió en su prematuro ingreso al empleo, con el fin de colaborar con el mantenimiento de su grupo. Pero, al organizar su propia familia y en particular en el momento del nacimiento del primer hijo, tienden a retirarse también tempranamente del sector productivo.

La mayor parte de su tiempo está destinado a la realización de tareas de reproducción: atención de los hijos, lavado de ropa, limpieza de la casa y preparación de alimentos. Dada la precaria condición en que viven, estas tareas resultan penosas y les demandan un grado considerable de esfuerzo: “acarrear el agua de la casa de un vecino” para el consumo y el lavado; búsqueda y uso de leña para la elaboración de la comida familiar. Además de estas tareas, propias de la atención del hogar y la familia, el 90% desarrolla algún tipo de actividad que les genera un modesto ingreso económico, en general, venta de comidas. Se trata de elaboraciones sencillas que requieren de muy escasos recursos y que además se comercializan en un sector reducido.

Tengo un tacho que está cortado, es mi cocina a leña, los chipacuerito para vender, comienzo a hacer a las 15, para que para la salida de los chicos de la escuela, esté, porque me suelen comprar las maestras y los estudiantes, los días de lluvia comienzo antes (30 años, 2 hijos)

En otros casos, reemplazan a sus maridos en los lugares donde trabajan – muchos cobran subsidios por desempleo y prestan servicios en comedores escolares, barriendo plazas, etc. – cuando éstos han logrado conseguir alguna “changa”-.

“por la tarde a eso de las 17 hs. me voy a la escuela por que tengo que hacer el trabajo de mi marido, por que a él le salió una changa, mis hijos van conmigo, por suerte la directora no me dice nada”. (22 años, 3 hijos)

En el imaginario de estas mujeres la maternidad se define como prioritaria y la atención de los niños constituye una responsabilidad privativa de ellas; por lo tanto, son quienes deben encontrar los modos de conciliar sus obligaciones de madre y aquéllas otras que devienen de sus actividades extra-domésticas. A falta de otros espacios – familiares o institucionales - adecuados para dejar a sus hijos, con frecuencia deben optar por llevarlos a los lugares donde realizan sus actividades.

“Después de darle la mamadera al más chiquito, lo llevo conmigo a la verdulería, ahí me dan las verduras para vender, las pongo en un changuito que tengo, al nene lo llevo en brazos, y voy casa por casa y vendo, hay días que vendo todo, otros días no, pero siempre algo puedo llevar para mi casa” (35 años, 7 hijos)

En la medida en que muy pocas reconocen en la actividad que llevan a cabo, actualmente, una suerte de ocupación productiva no se encuentra la elaboración de un proyecto laboral definido en torno a tal actividad. Por el contrario, entre sus aspiraciones figura conseguir un empleo en relación de dependencia -, aunque en razón del bajo nivel educativo que han alcanzado -, se orienten hacia el sector informal de la economía, en general como empleadas domésticas, o para el planchado de ropa o atención de niños; sin embargo, no existe un proceso constante y/o activo de búsqueda de tales oportunidades laborales.

“antes de vivir con mi marido, era cocinera en una casa, aprendí mucho, me gustaría volver, pero, mirá, con ellos (los hijos) no puedo, toda la mañana, estoy limpiando, yendo al hospital” (41 años, 4 hijos)

En los relatos que se transcriben se pone en evidencia el modo en que el ritmo y las presiones de la vida doméstica y la falta de dinero, condicionan la jornada de estas mujeres y el esfuerzo y energía que requieren

estas tareas de “reproducción”, pero junto a ellas, y en razón de las presiones económicas y las condiciones laborales de sus maridos, deben encontrar tiempo para hacerse cargo de otras actividades – propias del mercado informal, aunque no reconocidas como formando parte del mismo - que puedan ayudar a solventar los gastos familiares, ideando y planificando diferentes estrategias. De este modo, se organiza la vida cotidiana de las mujeres de este grupo, fuertemente condicionada por las necesidades económicas derivadas de los bajos e inestables ingresos del jefe de familia, pero también a partir del nivel cultural que han alcanzado y que condiciona fuertemente el tipo de actividades que están preparadas para desarrollar.

En los sectores medios

Un nivel de ingreso comparativamente más alto, pero, además, con cierta estabilidad, junto con un mejor nivel educativo – que alcanza al secundario completo o incluso al nivel terciario - caracteriza a este grupo. Las mujeres, en general, provienen de una familia de origen con condiciones socio-económicas semejantes, donde sus padres, con estudios primarios, se desempeñaban fundamentalmente como comerciantes o trabajadores autónomos. Al igual que en el grupo anterior muchas de ellas iniciaron una carrera laboral, pero a diferencia de aquéllas, incorporándose al sector formal de la economía - la mayoría se desempeñó en el empleo público o bien como docentes en organismos estatales -, que luego abandonaron en ocasión del nacimiento del primer hijo o incluso en el momento de contraer matrimonio¹⁵. Pero, también en discrepancia con el caso anterior, las razones que las impulsaron a la actividad económica estuvieron menos vinculadas con la necesidad de contribuir a los gastos de su grupo familiar de origen, que con el deseo de independizarse de él y solventar sus propios gastos. Esta idea de lograr la autonomía mediante la independencia económica está fuertemente arraigada entre las mujeres y sólo parecen renunciar a ella en aras de la atención a la propia familia, aunque esta tendencia suele aminorarse entre quienes han alcanzado titulaciones superiores que las habilita para el ejercicio de una profesión. Más allá del deseo parece imponerse la norma incorporada a través del proceso social de aprendizaje de ese complejo de roles sociales – esposa, madre y ama de casa – que durante varios siglos ha definido la identidad femenina y cuyo ejercicio fue considerado incompatible con cualquier tipo de realización profesional.

A las tareas estrictamente domésticas se suman otras que abarcan un amplio y variado espectro – costura y tejido, atención de un pequeño comercio familiar, producción de artesanías y manualidades, venta directa por medio de cartillas, o transcripción de escritos en computadora-. A pesar de que tales actividades se realizan con un bajo capital, requieren de ciertos conocimientos específicos o de una determinada práctica acorde con el mayor nivel de instrucción que poseen las mujeres de este grupo.

“Si puedo a la mañana coso, hago de todo, hasta el vestido de recepción para mi hija, le ven a mi hija y ya le preguntan quien te, hizo,? entonces ya vienen los pedidos.” (46 años, 2 hijos)

Estos trabajos son considerados para la familia como una “ayuda”, independientemente de la cantidad y la importancia de su contribución económica en el hogar, en tanto que el salario del marido continua siendo la base principal del sustento de estas unidades domésticas. En general, todas manifiestan la satisfacción que les reportan estas tareas, no sólo por la actividad en sí misma, sino porque se sienten “útiles” tanto para el hogar como para la sociedad en general. En estos casos se destaca la importancia de la ganancia obtenida como una contribución a los gastos familiares, que pasa a formar parte de una suerte de “caja chica” que se reserva para emergencias o situaciones especiales.

“Todo lo que recaudo con los trabajitos de "souvenir", van a una caja chica, son para los gastos de los chicos, imagínate que tres están en la escuela y todos los días te piden algo”. (24 años, 4 hijos)

Al mismo tiempo entre ellas se insinúa un proyecto laboral con un mayor grado de elaboración, en el que se dibuja una esperanza que, con frecuencia, se intenta transformar en realidad mediante la formación de micro-emprendimientos con otras personas. En otros casos, también se encuentran quienes no se atreven a vislumbrar un futuro mejor dada la carga de inseguridad con que se vive el “ahora”.

“está tan difícil, por más que uno tenga estudio, es lo mismo, con los gobernantes que tenemos”. (46 años,4 hijos)

¹⁵ En este punto es interesante advertir que más allá de la pertenencia social de las mujeres, o el nivel educativo alcanzado el itinerario vital de las mismas se encuentra fuertemente condicionado por el ciclo doméstico de la familia. Más que para los hombres, las transiciones importantes del ciclo de vida de la mujer son transiciones familiares, en las cuales redefinen las posiciones y roles dentro de la familia.

Pero, más allá de las diferencias que hemos señalado con respecto al primer grupo, y en razón de la prevalencia de las ideologías de género y de las normas culturales referidas a los roles femeninos en el hogar, su vida cotidiana gira fundamentalmente en torno a la atención de los restantes miembros de la familia – que trabajan o estudian – y de sus horarios.

“Hay días que me toca cuidar a mi nieta, ese día no hago nada, pero para las 13 hs, tiene que estar listo el almuerzo, por que llegan todos”. (51 años, tres hijos)

Esta necesidad de adecuarse al ritmo de las actividades de los otros miembros de la familia, condiciona el momento en que pueden dedicarse a sus otras actividades, que a la vez que les resultan agradables suman una obligación más a las muchas que ya tienen en su condición de responsables del hogar.

“después de almorzar, limpio todo, y ya viene mi hermana para fabricar las velas, mientras chusmeamos un poco, hacemos y después vendemos, a las chicas de la escuela” (49 años, 4 hijos)

Sin embargo, y a pesar de que la organización del tiempo de las actividades extra-domésticas, está muy ligado a la administración intra-doméstica, también y a diferencia del grupo anterior, logran una mayor participación de otros miembros de la unidad familiar, compartiendo algunas responsabilidades propias de la atención del hogar.

“Los fines de semana son los que puedo hacer los dulces de mamón, por que están los chicos y me ayudan con la limpieza de la casa, también mi esposo con el fuego, suelo pelar los mamones los viernes así el sábado temprano comienzo, lo que hago son todos pedidos, ya saben que los sábados están los dulces” (50 años, 4 hijos)

Sin embargo, esta colaboración no es realizada de modo igualitario por todos los miembros del grupo, sino que son predominantemente las hijas mujeres las que más contribuyen con su aporte, siendo escasa la participación de los miembros pertenecientes al género masculino, reproduciendo, con este comportamiento, aquellas prácticas sociales vividas en la familia de origen y, favoreciendo la permanencia de las representaciones ideológicas que adscribían para las mujeres el compromiso con el ámbito doméstico.

En resumen, en este grupo – al igual que el anterior - se advierte la vigencia de la ideología de género en torno a la división de tareas, y en aquellas situaciones en que algunas ocupaciones extra-domésticas forman parte de la cotidianeidad de la vida, se perciben siempre como secundarias y se subordinan a la atención familiar, actividad considerada prioritaria por ellas; aunque, en algunos casos, representan un aporte importante a los ingresos del grupo, y en otros constituyen una “reserva” a ser movilizadas cuando cambian las condiciones de necesidad a la que se recurre cuando se presentan problemas coyunturales para la unidad doméstica.

Cuando el nivel socio-económico es más alto

En el último grupo, correspondiente al nivel socio-económico alto, la vida cotidiana de las mujeres que lo componen adquiere una dinámica diferente. La estructura y composición de los hogares está fuertemente influenciada por la situación del jefe de familia, en muchos casos profesionales con niveles de ingresos comparativamente altos y permanentes. Igualmente, los niveles educativos alcanzados son más altos (casi la mitad de ellas han obtenidos títulos de educación superior) mientras disminuye, consiguientemente, la cantidad de hijos promedio por hogar (no más de uno o dos) lo que habla de una mejor capacidad para la planificación familiar. A diferencia de las mujeres con un menor nivel de estudios, que parecen suponer que su felicidad pasa, básicamente, por la maternidad y la permanencia en el hogar y el cuidado de los hijos, las mujeres con niveles educativos superiores, no necesariamente comporten esta consideración.

Y también, a diferencia de los otros dos grupos, más de las tres cuartas partes no se han desempeñado profesionalmente en ninguna etapa de sus vidas, muchas porque “no las dejaban trabajar sus padres” a pesar de poseer un título universitario y con posibilidades de conseguir empleo, otras porque parecen haber optado libremente por el “no-trabajo”, al igual que lo hicieron anteriormente sus progenitoras, protegidas por la condición económica primero de la familia de origen y luego amparadas por la situación ocupacional de los maridos. Alejadas de presiones de orden económico, suman a sus obligaciones domésticas – relativamente escasas dado que en general cuentan con personas que las reemplazan en tales funciones, reservándose para ellas el rol de supervisión – algunas actividades que pueden ser encuadradas bajo la denominación de voluntariado, que desarrollan al menos una vez a la semana, *ad honorem* y a favor de la comunidad.

“después de desayunar voy a un hogar de chicos y les ayudo con la organización de los papeles”. (40 años, 2 hijos)

Otras, incluyen realizaciones de tipo artesanal - pintura de cuadros, bordados en punto cruz, tejidos - aunque tienen más las características de un *hobby* o *bricolage* que alguna aspiración de orden económico, y están destinadas al uso de la familia o eventualmente se regalan a las amistades en ocasiones especiales. Estas actividades, destinadas al auto-consumo, pero sobre todo a brindar placer en el uso del tiempo libre, se caracterizan por el buen gusto y cierto refinamiento caro a los sectores con mejores ingresos y mejor capital cultural ¹⁶.

“tengo una habitación donde están todas mis cosas de tejido y pintura, ahí estoy todo el día, suelo pintar los marcos de los espejos, y luego los regalo en los cumpleaños o casamientos”. (51 años, 3 hijos)

Finalmente, algunas colaboran con las actividades profesionales de sus maridos, habida cuenta que ellas mismas son profesionales.

“después de desayunar, voy al estudio de mi marido y le ayudo con los papeles por que yo también soy abogada”. (48, años, 3 hijos)

Fuera de estas actividades que señalamos, el resto del tiempo disponible se invierte en el cuidado personal, las obligaciones sociales o el disfrute del tiempo de ocio.

“me levanto a las 9 hs., después de desayunar voy a la peluquería o al gimnasio”. (47 años, 2 hijos)

“Por la tarde, siempre hay reuniones con amigas, o la coordinación de la red solidaria”. (60 años, 2 hijos)

Dado que la mayoría de ellas han optado por el rol de ama de casa que en este caso particular no presenta las exigencias y presiones de los otros dos grupos, no se aprecia la elaboración de proyectos de vida en torno a lo laboral, quizás las más jóvenes piensen a veces en la posibilidad de realizarse profesionalmente en la carrera elegida aunque momentáneamente se consideran impedidas por la corta edad de sus hijos, en tanto que las de mayor edad se manifiestan satisfechas en su rol de amas de casa y entienden que el trabajo es “una actividad de juventud”.

Si bien desde el siglo XVIII nos hemos acostumbrado a pensar en el trabajo sólo en relación a la actividad que vincula a una persona con una organización y por la que recibe una retribución monetaria, la situación de crisis estructural del empleo por la que atraviesan la mayoría de las sociedades – tanto en los países centrales como periféricos - ha llevado a que los estudiosos del tema pusieran en cuestión la centralidad de su valor en ellas y sobre todo que mostrarán – mediante un proceso de deconstrucción - el sustrato ideológico que tal concepto encierra (cfr. H. Arendt¹⁷, Méda¹⁸). Esto ha dado lugar a que se amplíe esta noción y que se reconozca como “trabajo” otra cantidad de realizaciones que, anteriormente, quedaban excluidas, en particular el trabajo doméstico, esa actividad invisible que por siglos han realizado las mujeres sin mayores reconocimientos, pero también otras, entre ellas el trabajo realizado sin ánimo lucrativo, sino con fines sociales.

Hoy comienza a hacerse visible el presupuesto de las sociedades modernas, que asentaban el ciclo de producción y consumo mercantil sobre el trabajo invisible y gratuito de las mujeres. Es una enorme contribución la que ellas han hecho a esta sociedad y a esta civilización, no sólo económica sino sobre todo simbólica. Si se transformase esta contribución invisible en trabajo remunerado, el costo sería mucho mayor, y está bien que la racionalidad económica la reconozca, aunque no se trata solamente de un trabajo no pagado.

¹⁶ Según Bourdieu, existe cierta capacidad generalizada para neutralizar las urgencias ordinarias y poner entre paréntesis los fines prácticos, es decir, una inclinación y aptitud duraderas para una práctica sin función práctica, donde la disposición estética no se constituye más que en una experiencia del mundo liberado de la urgencia y en la práctica de actividades que tienen en sí mismas su propio fin. Así, las mujeres de la burguesía excluidas parcialmente de la empresa económica, encuentran su realización en la organización del decorado de la existencia burguesa, cuando no buscan en la estética un refugio o una revancha. Cfr. *La Distinción*, op. cit.

¹⁷ H. Arendt, op. cit.

¹⁸ Méda, D.1998: *El trabajo, un valor en peligro de extinción*. Barcelona: Gedisa

En este estudio, además del trabajo monetarizado, hemos reconocido otros dos tipos de “trabajo”, ambos realizados por mujeres. Por un lado, el trabajo doméstico, es decir, el conjunto de tareas vinculadas al mantenimiento y reproducción de los miembros de la unidad doméstica y por otro, un cúmulo de actividades que, a pesar de obtener en muchos casos una retribución económica, porque son realizadas por las mujeres amas de casa, continúan permaneciendo “ocultas”, tanto que, ni ellas mismas las reconocen como una actividad económica, definiéndolas como una simple ayuda, o colaboración, que complementa los ingresos del marido.

Sin embargo, las mismas están presentes en la experiencia y en la conciencia de las mujeres como prácticas concretas, cotidianas y en este sentido “naturalizadas”, pensadas y reconocidas como un “mandato” más de los muchos que se les adjudica por su condición femenina, en general, pero específicamente a las que han aceptado – por opción u obligación – el ámbito doméstico como su espacio de acción; y probablemente sea por ello que dejan de ser percibidas en la dimensión económica que les corresponde en tanto aporte al mercado y a los ingresos de la familia. Por lo demás, tales realizaciones han alcanzado un alto grado de difusión, en particular debido a la reducción de los ingresos familiares; por eso y como forma de contribuir a los mismos, se ensayan nuevas estrategias, para la supervivencia, sin que esto implique, en ningún momento, descuidar las funciones domésticas que culturalmente se les asignan.

Ambas actividades, el trabajo de reproducción y aquellas otras - doblemente ocultas - que se desarrollan en el interior de cada unidad doméstica, asumen formas heterogéneas, en razón de las diversas pertenencias sociales de cada sector analizado. La desigualdad de posición deriva del peso relativo de los diferentes tipos de capital – económico, social y cultural - en el volumen total de su capital. Es decir, los *habitus de clase*, en palabras de Pierre Bourdieu¹⁹, tienen gran injerencia en las tomas de posición que las mujeres realizan en el espacio social: el tipo de recursos que se ponen en práctica, el grado de elaboración de las estrategias y el uso, en general, del tiempo del que disponen varían en función del patrimonio disponible, pero fundamentalmente del capital social y cultural que estas mujeres han logrado acumular a lo largo de su vida; incluso, en aquellos casos en que el mayor poder económico permite distanciarse de las necesidades materiales, si bien las mujeres dedican una parte importante de su tiempo al cuidado personal y a la sociabilidad, también encuentran otro para el trabajo no utilitario en términos monetarios, pero sí con valor social. Para las otras, y a pesar de las escasas compensaciones que reciben por ello, en la medida que logran apartarlas, aunque sea temporalmente, de las tareas de reproducción y les brindan una cierta autonomía - en el manejo del dinero - son vistas como un ámbito de contención que contribuye a revalorizar su propia imagen.

Estas realizaciones, constituyen, sin dudas, una forma de actividad productiva atípica, de trabajo autónomo y no utilitario, con valor de uso y no de intercambio, que sólo puede ser visto como improductivo en términos mercantiles. Porque las tareas domésticas lo que producen es la libertad de los miembros del núcleo familiar de las necesidades cotidianas o, para decirlo de otro modo, la potencial productividad de los mismos (Arendt, 1998)²⁰.

Los estudios orientados a estimar la valoración monetaria del trabajo no remunerado representan un paso importante en la visibilización de este trabajo y de su contribución económica, permitiendo trasladar el debate acerca de la situación de las mujeres a la esfera pública. De este modo, se ha roto la unilateralidad de la reflexión andro-céntrica, al declarar inadecuadas algunas distinciones marxistas, como la que se hace entre trabajo y no trabajo, entre productivo e improductivo, entre producción y reproducción, demostrando que el trabajo doméstico produce sociedad y por consiguiente valor, y como tal debe ser reconocido (Vantaggiato, I, 2001)²¹.

Hoy más que nunca, cuestionar y superar esta visión reduccionista y sesgada de la economía y la sociedad deviene una condición necesaria para avanzar en propuestas que se orienten hacia una redistribución más igualitaria de la renta y del trabajo. Algunos pasos ya que han dado, fundamentalmente en los países europeos, que ayudan a pensar desde otra perspectiva estas cuestiones, pero también como respuesta a las condiciones de pobreza o amenaza de empobrecimiento de grandes grupos, entre ellos, una tendencia a

¹⁹ P. Bourdieu, 1998, op.cit.

²⁰ La distinción entre labor productiva e improductiva contiene, aunque con prejuicio, la distinción más fundamental entre trabajo y labor. En efecto, signo de todo laborar es que no deja nada tras sí, que el resultado de su esfuerzo se consume casi tan rápidamente como se gasta el esfuerzo. Y no obstante a pesar de su futilidad nace de un gran apremio y está motivado por su impulso mucho más poderoso que cualquier otro, ya que de él depende la propia vida..Cfr. H. Arendt, 1998: *La condición humana*. Barcelona: Paidós, p. 102

²¹ Vantaggiato, I.: El tiempo que me queda. Relación entre el tiempo de la necesidad y el de la libertad. En Butarrelli, Muraro et al.: *Una revolución inesperada. Simbolismo y sentido del trabajo de las mujeres*. Madrid, Narcea: 2001, pp. 41-63.

propiciar la expansión de las empresas cooperativas; la fuerte expansión del Tercer Sector, como una forma de mercado justo y solidario de servicios a las personas; el renacimiento de las mutualidades, sobre todo en los lugares en que se ha deteriorado el nivel de supervivencia, y que es practicada por grupos informales que intercambian bienes o servicios sin el uso del dinero. Muchas de las actividades “ocultas” de las amas de casa se encuadran – o podrían encuadrarse - en estas estrategias, basadas en nuevas formas de relaciones sociales, nuevas formas de gestión a través de empresas comunitarias y cooperativas que permitan compensar algunos de los principales obstáculos en la oferta: escasa rentabilidad, tendencia a la precarización, baja cualificación y falta de formación ocupacional. Es decir, se trataría de potenciar un nuevo sector productivo, de iniciativa privada, pero con un fuerte contenido de economía social, que abriría nuevas áreas de actividad que podrían incidir en la reducción de los costes de desempleo.